

Carlos IV están ahí para demostrar que los combates hereditarios dentro de las dinastías, ó entre sus distintas ramas, llegan hasta el mayor de los crímenes, llegan hasta el abominable parricidio. Y esta regia criminalidad, tan persistente y duradera en los ánimos de los mayores potentados y poderosos del mundo, enseña cuán opuesto de suyo es á la naturaleza humana el principio monárquico y cuán expuesta se halla siempre la monarquía de suyo á cometer el mal y á perpetrar el crimen, contra todo lo que ha creído la humanidad al establecerla y al fundarla. Por esta histórica ley se explica la rivalidad entre los Orleans y los Borbones. Hijos del cuarto Enrique, del gran Rey navarro eran Luis XIII y su hermano Gastón de Orleans, nunca en paz anduvieron. Hijos de Luis XIII á su vez eran Luis XIV y Felipe Orleans, aunque, por las apariencias, parecían hermanos muy queridos, en el fondo conspiraban el uno contra el otro. Y así, de generación en generación, el regente Orleans pensó muchas veces en soplarle la dama, ó sea la Corona, sin escrúpulo á Luis XV; Luis Felipe Igualdad, también Orleans, se revolvió airado contra Luis XVI y conspiró sin tregua para despojarle del trono; Luis Felipe Orleans, Rey de los franceses, destronó á Carlos X, hermano de Luis XVI, y Antonio María Orleans destronó á Isabel II en España, como si los Orleans hubieran nacido para perseguir é inmolarse á los Borbones. Yo he dicho en cierta ocasión lo siguiente, que repetiré ahora: Dios hizo los ratones; y, al ver que había hecho una tontería, hizo los gatos; pues bien, Dios hizo los Borbones; y, al ver que había hecho una tontería, hizo los Orleans. Cuando se trató el casamiento de la infanta María Luisa con su primo el duque de Montpensier en las hispanas Cortes, hablaron los principales oradores de aquel período inolvidable. Hablaron Donoso Cortés, Pastor Diaz, Pedro José Pidal. Todos discutieron el asunto bajo su aspecto exterior y diplomático; ninguno se acordó del aspecto político interior; ninguno se acordó del destino que pesa sobre los Orleans llamados á destronar los Borbones. Hubiéranse reído entonces de quien apuntara observaciones, imposibles de concebir en tal sazón, sobre la estrella que preside la historia de los Orleans, á un mismo tiempo cercanos parientes y enemigos implacables de los Borbones. Corrieron los años, y Antonio de Orleans cumplió en España el destino de sus progenitores en Francia. Trató de premiar aquel entuerto á su familia, verdadero servicio á la revolución; y yo, revolucionario del setenta y ocho, me opuse con todas mis fuerzas, y aduje para imponerme un argumento incontestable, como que los mismos servicios prestados por el duque de Montpensier á la causa nuestra, es decir, al destronamiento de Isabel II, lo inhabilitaban para sucederla. En España brilla sobre todos los afectos el sentimiento de familia. Aquí el hogar aparece como un templo, y los parientes forman como un sacerdocio prestando culto á la presencia ó al recuerdo de sus progenitores. No es tan vivo como entre nosotros el sentimiento de familia en Francia; y sin embargo, la Convención mostró, en una circunstancia, inolvidable, cómo este sentimiento se sobrepone á todos los sentimientos, donde quiera que vive y pal-

pita la humanidad. Acababan de votar, cegados por la pasión revolucionaria, en momentos de fiebre agudísima, poseídos de un delirio colectivo y social, aquellos convencionales franceses, únicos en el tiempo y en el espacio, la muerte de Luis XVI. A cada voto fulminado sobre la cabeza del Rey seguía un aplauso formidable de aquel público demente. Sin embargo, llega un votante, llega el duque de Orleans. Todos reprimen su aliento para oír su palabra y Orleans vota la muerte. Un verdadero sentimiento de horror estalló en aquella colectividad extraviada. Los mismos fatigados de aplaudir á los convencionales, capaces de votar la muerte, y la muerte inmediata, despidieron un anatema, por medio de tumores terribles, sobre la frente del malvado parricida: que la naturaleza humana no puede suprimirse, ni acallarse jamás el clamor de la sangre.

Los Orleans, no solamente debían á los Borbones la regia sangre que circulaba por sus venas, y que traía consigo aparejados tantos privilegios, debíanlos también una inmensa fortuna. Imposibilitados los reyes de darles su corona de oro, erigíanles un verdadero monte de plata, para que, por lo inmenso de sus propiedades y por lo copioso de sus riquezas, aparecieran reyes ellos mismos. Luis XIII fundó la fortuna de su hermano, dándole con largueza, casi en propiedad, todo un reino. Luis XIV siguió igual proceder con su hermano único; el duque de Orleans, Felipe de Borbón, quien sumó esta fortuna con la fortuna de su predecesor en el ducado, que no tuviera hijos. Dos casas riquísimas, fundadas por el Rey-Sol para sus bastardos, cayeron sobre la familia de Orleans. El único retoño de aquellos dos mayorazgos fué la señorita de Penthièvres, quien se unió en matrimonio con los Orleans, llevándoles su hijuela y dote, las cuales, unidas con tan inmensa fortuna, sumaban doscientos cincuenta millones de francos. Así Felipe Igualdad, recibió de su padre ocho millones de renta y cuatro de su madre, total doce millones, que no tenían los principales monarcas de Europa. Ciertamente que Felipe Igualdad gastó mucho en la revolución; pero cierto también que sus empresas mercantiles, sus jugadas sobre valores públicos, su transformación en bazar del jardín adjunto al palacio de sus mayores, añadió abundante oro á su colosal fortuna. Hombre así dotado de tamañas riquezas, públicas todas ellas, no podía menos que influir con poderosa influencia en la balanza, donde se pesaban los destinos de Francia. Orleans tenía dos favoritas; la una que se llamaba madame Genlis, la otra que se llamaba madame Buffón. Por la primera, casada con un escritor tan ingenioso como Sillery, tenía relaciones íntimas con la Gironda; por la otra, por madame Buffón, tenía relaciones íntimas con la montaña. Y así, cuando entró en el Congreso republicano, fué á sentarse muy cerca de Marat; y, sentado cerca de Marat, no tenía más remedio que votar la muerte del Monarca y la muerte inmediata. El rumor de reprobación, en aquel momento lanzado por el público y por el Congreso, trasciende á todas las generaciones y se repite á una en todos los siglos. La historia le cuenta entre los más abominables monstruos que obscurecieron y manchaban sus eternos anales. Los

mismos á quienes sirvió, no le agradecieron nunca el servicio. Así como, entre nosotros, los progresistas de abolengo no comprendieron jamás que de las dos niñas, á quienes habían defendido en la guerra civil, viéndolas juntas en la misma cuna, y juntas creciendo al amor de la libertad; entre los sacrificios de la democracia; la una, María Luisa, se hubiera erguido y ahogado á la otra, María Isabel; jamás comprendieron los montañeses, que Felipe de Orleans, contra todas las leyes religiosas y morales del mundo, hubiese votado la muerte de un pariente, con el cual tenía, no tan sólo aquellas obligaciones anudadas por la sangre, el respeto debido á sus propios títulos y privilegios generadores todos ellos de una inmensa fortuna, toda ella debida en último término á los Borbones. Cuando Felipe volvió á su banco, el anatema público se prolongó en términos de parecer que la Convención cambiaba. Y cuando ya se asentó, huyeron de su persona los montañeses mismos, apesar de haberles servido y adulado. Tras este incidente, se terminó la votación. El escrutinio resultó muy largo; y las perplejidades del público muy vivas. Equilibrados casi los votos que habían impuesto el destierro con los votos que habían impuesto la muerte, no podía, no, averiguarse los resultados á primera vista ni decirse con fácil y pronta palabra. Las palpitaciones de aquellos pechos duraron tanto cuanto duró el escrutinio. Al cabo se vió, que la Convención decretara la muerte. Vergniaud, quien presidía; ojeroso, pálido, trémulo; sin voz apenas, pues la resonante, que naturaleza le regalara, se perdía bajo su profunda emoción, hizo con mano convulsa el recuento de los votos y anunció con dejo siniestro la muerte irremediable. En estas sucede una incidencia que nos ha guardado la historia. Duchatel, convencional realista, se presentó, conducido por cuatro ugieres, en una camilla, moribundo, expirante casi, con la voz extinta y apagados los ojos, sombra verdadera de un cadáver insepulto, y votó contra la muerte, produciendo encontradas emociones en aquel dividido auditorio. Al fin, la muerte fué votada y la revolución cayó, como veremos, á tal voto, desde la Gironda y sus contemplaciones, en la Montaña y sus intransigencias. Historiemos antes la ejecución del Rey.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Ejecución del Rey

ROMULGADA la sentencia capital, surgió importantísimo problema de la mayor transcendencia, que fué á saber, si debía verificarse la ejecución inmediatamente ó debía concederse al Rey un plazo, más ó menos breve, para la despedida indispensable de su familia y para el arreglo necesario de sus asuntos. Un diputado del alto Garona, montañés por sus ideas y por su historia, pero montañés templadísimo; en quien las exageraciones provenían del encendimiento, no del carácter; propuso después de haber votado la muerte, pensase la Convención si la sentencia debía en aquellos momentos ejecutarse, ó diferirse para mucho más tarde. Aunque parecía tal proposición favorable al Rey, resultóle adversa. Con motivo del aplazamiento se trató la muerte; y con motivo de tratarse la muerte, se confirmó y se robusteció más y más la sentencia. En los anteriores escrutinios habíase visto ya este asunto, y quedaba por completo resuelto. Trescientos ochenta y siete votos pronunciaron la muerte inmediata, y trescientos treinta y cuatro la muerte condicional, ó la detención en una fortaleza interior, resultando á la postre cincuenta y tres votos de mayoría por la muerte. Tamaña cuestión, pues, iba ya prejuzgada por el Congreso mismo en persona. Sin embargo, los defensores quisieron hacer un último esfuerzo y demandaron audiencia nueva de los jueces. Danton votó por conceder tal audiencia; Robespierre por negarla. Y triunfó á la postre por gran mayoría el generoso propósito de Danton, contra el redomado propósito de Robespierre. Llegados los defensores á la barra, procedieron todos con el